

# PÓLIS Y CAOS

## *POLIS AND CHAOS*

Ariane Aviñó McChesney  
10.26754/ojs\_arif/arif.202216276

Ezquerria Gómez, Jesús, *Pólis y caos. Reflexiones sobre el principio de la política*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021, 112 pp.

Lo primero que advertimos en esta obra es que es un libro hecho, a la vez, con cuidado y con toda la audacia que requiere volver a los griegos, desobedeciendo así al imperativo cada vez más insistente de cierta producción intelectual que premia el análisis inmediato y simplón de los acontecimientos. Algunas voces insisten en que en estos tiempos se escribe mucho más de lo que se lee, pero si hay algo evidente en esta obra, como en las otras obras del profesor de filosofía de la Universidad de Zaragoza, Jesús Ezquerria, es que cada línea escrita es apenas la superficie, la cresta de un mar que esconde el profundo conocimiento literario, artístico, lingüístico y filosófico de su autor. El propio Ezquerria nos desvela en la introducción que la obra es fruto de varios años de encuentros, en los que su desempeño docente, y no solo investigador, ha tenido un papel fundamental. El resultado va en la línea de una arqueología y una genealogía de lo posible, con un aire claramente foucaultiano, en el sentido en el que Deleuze (2015) comprende la pregunta sobre los griegos en Foucault: *¿por qué los griegos?* Porque los griegos inventaron nuevas posibilidades de vida.

El profesor Ezquerria nos mostrará en esta obra que el principio de la política es “como una herida abierta o una boca que bosteza” (2021: 92), una apertura en la que los seres humanos instauran un tiempo público en el espacio vacío del ágora, descubriéndonos que la *pólis* no es un concepto urbanístico sino político. La *pólis* no se habita, se constituye, pues no habría ciudad donde solo se diese el trasiego de los hombres.

El autor acompaña sus tesis de una selecta y variada bibliografía que incluye obras de literatura, de filosofía y de historia, y que aparece clasificada al final del libro en fuentes antiguas, fuentes modernas y contemporáneas y bibliografía complementaria.

Nos encontramos ante una obra que consta de una introducción y de diez capítulos, cada uno de los cuales obedece a una pausa en el trazo con el que el autor dibuja la figura de la política. Esa figura, *esa constelación*, como la llama Ezquerra, se construye uniendo los puntos, las estrellas, que representan cada uno de los conceptos que da nombre a los diferentes capítulos. Estos conceptos son: *plêthos* (multitud), *metaxú* (entre), *koinonía* (comunidad), *agorá* (ágora), *pólis* (ciudad), *teíchos* (muralla), *pólemos* (guerra), *pesseía* (juego), *cháos* (caos) y *lógos* (palabra), y tienen un peso desigual dentro de la obra. Destaca el análisis de la guerra (*pólemos*) en el capítulo séptimo, constituyendo un claro núcleo gravitacional, por lo que partiré de este concepto para recorrer el mapa que nos ofrece el autor, aunque abandone con ello el orden lineal de la obra.

En el capítulo séptimo se hace explícita la concepción no hobbesiana de la guerra, que se adivina ya desde el comienzo del libro y que resulta imprescindible para comprender esa reivindicación de la conflictividad como rasgo de la política y, en última instancia, de la democracia. La comunidad, lejos de ser camaradería, se constituye mediante un tipo de *praxis* que es la acción recíproca y cuya lógica es la de la guerra, entendida como ley de coexistencia de lo plural. A partir de un análisis del paso de la guerra entre héroes a la guerra entre pueblos, representada esta última por los hoplitas, Ezquerra establece una correspondencia entre la falange hoplítica y la *pólis* griega. Una *pólis* es un mundo, una fuerza política cuya destrucción está en juego en cada batalla. Y no solamente en cada batalla, pues al deslizarnos dentro del análisis de la guerra hacia el concepto más concreto de *stásis* (guerra civil), el autor desvela la universalidad de la guerra en tanto que relación, tal y como señala el propio Platón en su diálogo *Leyes* cuando dice que existe una constante guerra no declarada de todas las ciudades contra todas.

No se puede detener la guerra pues es, en última instancia, la propia sintaxis de lo real. Ahora bien, aunque la guerra se halle en el fundamento mismo del orden civil, esto no la hace amable, sino que, al contrario, resulta profundamente inhumano amarla. Nadie puede querer la modalidad no silenciosa de la guerra, la expresa, la declarada, la que pone de manifiesto lo que la guerra tiene de no política. La guerra expresa es la ruptura del equilibrio político, equilibrio al que Ezquerra se refiere con el término “pavorosa simetría” (*fearful symmetry*, del célebre poema *The Tyger* de William Blake). A este concepto dedica el cuarto capítulo en el que se ocupa del ágora. Este concepto de pavorosa simetría es absolutamente fundamental en la constelación puesto que nombra la modalidad de guerra que es la política, y permite establecer en qué consisten sus batallas y con qué armas se libran estas batallas *polémicas*, más que bélicas. La pavorosa simetría opera como dispositivo inmovilizador de la guerra misma, haciendo posible el orden civil.

A partir de este cuarto capítulo el texto se va poblando de referencias a la arquitectura y al urbanismo con las que el autor aborda la dimensión espacial de la política. En los capítulos cuarto, quinto y sexto, el autor muestra la política en lo que tiene de arquitectura, es decir, de saber que funda una geometría específicamente humana. Vinculada al análisis arquitectónico de lo político, tenemos la comprensión dialéctica de la muralla (*teíchos*) del capítulo sexto. Guerra y política son, nos dirá Ezquerria, los dos rostros de la muralla, entendiendo la muralla más allá de su sentido urbanístico, como límite epistemológico y como condición de la *pólis*.

También el ágora esconde un sentido que va más allá de su acepción urbanística. El ágora es comprendida por Ezquerria como el negativo de la ciudad griega, y no puede considerarse de ningún modo un universal urbanístico sino un rasgo peculiar griego, como muestra la perplejidad de los no griegos ante la existencia de tal espacio vacío en el centro mismo de la ciudad. Fue Foucault (2010) quien extrajo de su *trip grecolatino* el convencimiento de que un invento o peculiaridad griega era la producción de una subjetividad bajo reglas facultativas, es decir, de que las relaciones de poder del diagrama griego dejaban derivar la posibilidad cierta de ser otro. En el noveno capítulo, Ezquerria se refiere al ágora como el lugar en que “el caos sale a la luz del sol, y se convierte en el troquel donde se han de definir las relaciones humanas, donde los hombres han de construir el orden que los hace humanos” (2021: 96-97). Del mismo modo que el hombre arrebató a la muerte el tiempo de juego que es la propia vida, arrebató al caos el espacio que es la *pólis*. Ambos, la muerte y el caos, tienen el juego ganado: “lo único que podemos arrebatarle al Imperio del Tánatos es el jugar mismo” (2021: 87). En relación con esta cuestión veremos desvelado en el décimo y último capítulo uno de los aspectos paradójicos de la *pólis*, reflejado en el hecho de que es precisamente el ágora, es decir, el espacio instituido para la modalidad silenciosa de la guerra, el espacio de la palabra, y el juego del orden civil se juega con la palabra. Quizá esta cuestión no sea tan paradójica si consideramos que el silencio no se opone al *lógos*, a la palabra, sino que se opone a la voz, al “griterío de idiotas” (2021: 103). Descubrimos aquí que esa praxis que define a la comunidad y cuya lógica no es la de la camaradería sino la de la guerra, no es otra cosa que el *lógos*: la acción recíproca mediante la que la comunidad se instituye a sí misma es la palabra. Llegamos así, después de este rodeo, a las cuestiones que se abordan en los primeros tres capítulos de esa obra: la multitud, el entre y la comunidad, no sin antes mencionar un aspecto que nos parece problemático de la obra, relacionado precisamente con los temas de estos tres primeros capítulos.

Al leer la introducción nos parecía que el autor había encontrado un motivo para esta obra en las protestas ciudadanas de 2011 que tuvieron como espacio privilegiado las plazas de algunas ciudades, pero no hemos encontrado más referencias relevantes a estos u otros acontecimientos similares en la obra. En este sentido podemos decir que el libro de Ezquerra se ancla exclusivamente en el mundo griego, entendiendo el principio de la política como *una cosa de griegos*, del mismo modo que el propio Foucault consideró que la derivación del sujeto en tanto que relación con uno mismo fue y solo pudo ser *una cosa de griegos*. Quizá lo que resulta más problemático de esta apuesta por limitar la reflexión al mundo griego, sea el hecho de que comience con conceptos como multitud y comunidad, cuando ambos conceptos constituyen el objeto de una ingente reflexión en las últimas décadas. Ezquerra menciona en el capítulo primero, dedicado al concepto de multitud, algunas ideas de Hardt y Negri, de Agamben y del Comité Invisible, al igual que se refiere a la pluralidad en Arendt en el capítulo segundo dedicado a la noción de *entre*, y en el tercero dedicado a la comunidad, pero no encontramos ninguna mención a los debates contemporáneos sobre lo común en el tercer capítulo dedicado a esta noción. Desde nuestro punto de vista, que el autor no incluya los debates contemporáneos sobre la multitud y lo común no constituye necesariamente una debilidad de la obra, aunque sí que es posible que genere expectativas en el lector al mencionarse en la introducción acontecimientos que sí han constituido objeto de análisis por parte de otros autores, muchos de los cuales se ocupan, desde un horizonte distinto, de la multitud y lo común en la reflexión sobre la política.

Ahora bien, aunque el horizonte de Ezquerra sea el mundo griego, su dilucidación de los conceptos de multitud, entre y común/comunidad resultan muy pertinentes para abordar la cuestión de la política, también cuando lo que queremos es reflexionar sobre la democracia en nuestro mundo, que ya no es el mundo de los griegos. En este sentido nos parece destacable la manera en que se desgrana lo que es la comunidad, descubriendo su conflictividad fundacional. Consideramos que esta cuestión abre toda una línea de reflexión que puede traerse al presente, en un momento en que la política se encuentra tristemente recluida dentro de la estrecha dialéctica amigo-enemigo. Ezquerra nos muestra que la comunidad es esa relación íntima y vital, de poder a poder (2021: 27) que se da entre los que están cara a cara, no entre los que caminan juntos en la misma dirección, aliados, amigos, simpatizantes, sino entre los que se encuentran de frente y en ese encuentro instituyen el tiempo político con actos y palabras: “la comunidad política es el conjunto de acciones recíprocas que se ejercen entre los elementos que componen la multitud” (2021: 29). La total pertinencia de un libro como el que

nos presenta *Ezquierda radical* en que trae a nuestro horizonte la exigencia de una imaginación política, pues recupera ese sentido amplio en que la política significa, pura y llanamente, que hay posibilidades de acción.

*Ariane Aviñó McChesney*  
*Universidad Nacional de Educación a Distancia*  
*arianependue@gmail.com*

## BIBLIOGRAFÍA

DELEUZE, G. (2015): *La subjetivación. Curso sobre Foucault*, Buenos Aires: Cactus.

EZQUERRA, J. (2021): *Pólis y caos. Reflexiones sobre el principio de la política*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

FOUCAULT, M. (2010): *El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros. Curso en el College de France (1983-1984)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.